



TEORÍA Y DEFINICIÓN

THEORY AND DEFINITION

THÉORIE ET DÉFINITION

Laro del Río Castañeda 

Universidad de Oviedo

riolaro@uniovi.es | lardelrio@santander.uned.es

Fecha de recepción: 21/08/2023

Fecha de aceptación: 29/11/2023

DOI: <https://doi.org/10.30827/tn.v7i1.28890>

Resumen: El objetivo principal de este artículo es explorar las distintas aproximaciones a la palabra que pueden darse en la teoría literaria y la literatura comparada. Para ello, por un lado, se analizan diversas actitudes más o menos generales entre los teóricos. En segundo lugar, se propone una serie de hipótesis y vocabularios que puedan ser útiles a la hora de repensar el valor crítico de las palabras, como los parecidos de familia de Ludwig Wittgenstein, los conceptos viajeros de Mieke Bal, la teoría de prototipos de Eleanor Rosch y el discurso acrático de Roland Barthes.

Palabras clave: definición; teoría literaria; filosofía del lenguaje; parecidos de familia; teoría de prototipos; conceptos viajeros; discurso acrático.

Abstract: This article aims to explore the different approaches to the use of language in literary theory and comparative literature. To do so, firstly, some of the most common linguistic attitudes among literary theorists will be analyzed. After that, we will connect

a series of hypotheses and vocabularies that may be useful in rethinking words' critical value, such as Ludwig Wittgenstein's family resemblance, Mieke Bal's travelling concepts, Eleanor Rosch's prototype theory, or Roland Barthes' acratie discourse.

Keywords: Definition; Literary Theory; Philosophy of Language; Family Resemblance; Prototype Theory; Travelling Concepts; Acratic Discourse.

Résumé: L'objectif principal de cet article est d'explorer les différentes approches de l'usage des mots en théorie de la littérature et en littérature comparée. Pour ce faire, d'une part, nous analyserons certaines des attitudes linguistiques plus ou moins générales parmi les théoriciens. Nous examinerons ensuite une série d'hypothèses et de vocabulaires qui peuvent être utiles pour repenser la valeur critique des définitions, comme la ressemblance familiale de Ludwig Wittgenstein, les concepts voyageurs de Mieke Bal, la théorie du prototype d'Eleanor Rosch ou le discours acratie de Roland Barthes.

Mots clés: définition; théorie de la littérature; philosophie du langage; ressemblance familiale; théorie du prototype; concepts voyageurs; discours acratie.

Para escapar a la alienación de la sociedad presente
no existe más que este medio: *la fuga hacia adelante*:
todo lenguaje antiguo está inmediatamente comprometido,
y todo lenguaje deviene antiguo desde el momento
en que es repetido.

Roland Barthes, *El placer del texto* (66-67)

1. Introducción. Platón, Diógenes y la fe en la palabra

Cuenta un historiador del siglo III que el filósofo Diógenes de Sinope, al enterarse de que Platón "había definido al hombre como 'un animal bípedo sin plumas', y fue celebrado por ello, [...] desplumó un gallo, lo metió en la escuela de aquél y dijo: 'Este es el hombre de Platón'" (Laercio 220). Evidentemente, parece claro que a Diógenes no le gustaban nada las teorías platónicas. Y, dejando de lado la pertinencia o el buen gusto de su *performance*, habremos de admitir que no le faltaban razones.

Diógenes, como buen cínico, criticaba toda filosofía con ínfulas metafísicas, todas las explicaciones generales y generalistas. Su pollo desnudo se mofaba

directamente de la ingenuidad con que Platón entendía la realidad. ¿Qué es eso de pensar que, a través de unos ejercicios lógicos, podemos llegar a *resumir* al ser humano? Diógenes posiblemente estaba bastante seguro de ver humanos, de que había humanos en el mundo; pero dudaba de esa idea etérea que podemos llamar *humanidad* o *Humano-en-mayúscula*. Entes incorpóreos, Ideas casi divinas, completamente ajenas a la vida diaria y solo accesibles por medio del estudio filosófico-racional, que tanto interesaban a Platón (desde una perspectiva gnoseológica y, por tanto, también política) y que a Diógenes le parecían simple y llanamente *mentiras*.

La historia del gallo desplumado es bastante conocida. Sin embargo, tengo la sensación de que, si tuviéramos que hacer un barrido histórico y colocásemos a los filósofos y teóricos canónicos en dos grandes grupos, la mayoría caerían del lado de Platón antes que del de Diógenes. Y no siempre porque recurran a constructos ideales o porque utilicen métodos racionalistas, sino porque —repito que es una mera sensación— casi siempre hemos *confiado demasiado en la palabra*.

El problema de Platón, visto desde la perspectiva de Diógenes, no solo reside en sus quimeras y sus ficciones. Radica también en que creía dogmáticamente que detrás de un término lingüístico había un concepto definible, había algo cerrado, limitado, preciso. Algo que existía y que, por tanto, él, filósofo, podía describir de manera objetiva bajo el membrete de lo verdadero. Esa fe en el lenguaje y sus implicaciones en la teoría literaria son las que nos interesa repensar aquí.

El objetivo de este artículo es bastante sencillo. Reflexionar, sin ánimo de agotar el tema ni mucho menos, acerca de la relación entre palabra y teoría. O lo que es lo mismo: voy a proponer a continuación distintos tipos de aproximación teórica a las obras culturales según cómo emplean, entienden y presentan —consciente o inconscientemente— su propio lenguaje teórico. Es una clasificación no exhaustiva, incluso diríamos que muy esquemática, que pretende poner de relieve diferentes apriorismos posibles. Y no está pensada para aplicarse directamente sobre los libros y los artículos de investigación: en realidad, quiere presentar en abstracto algunas *tendencias* o *puntos de fuga* que solo pueden traslucirse —por lo general latentes y entremezclados— en los escritos teóricos concretos.

Quizá quepa preguntarse la meta última de todo esto. ¿Para qué nos pueden servir, entonces, estas abstracciones manifiestas? Para ganar conciencia de qué actitudes asumimos en nuestras investigaciones y cómo esas posiciones lingüísticas pueden esconder un interés político. Esperamos visibilizar y entender mejor el modo en

que el *uso* concreto de las palabras también es un factor determinante en la validez de cualquier argumentación filosófica.

2. Primera clase: el objetivismo, realismo o esencialismo

A la primera clase le he puesto los nombres de objetivismo, realismo o esencialismo. Denomino así a ese escrito que intenta cercar un término o un concepto hasta el extremo, a la manera socrática y platónica¹. Y parte de la idea falaz pero muy extendida, que Morris definía como “[u]na de las teorías más persistentes y con mayor solera” (Morris 62), de que existe una relación directa entre el mundo y el lenguaje. Esa analogía estructural entre las cosas y las palabras es lo que permitiría pensar que un término refiere con precisión y sin ambigüedades una parcela de la realidad objetivamente distinta del resto, un pedazo del universo material (o moral) que es en sí diferente de todo lo demás.

Hay que aclarar que el binomio *objetivo* versus *subjetivo* no es asimilable a la dicotomía epistemológica *racionalismo* versus *empirismo*, aunque con los ejemplos de Platón así nos lo haya podido parecer. El problema que analizamos aquí no reside en trabajar con las ideas, en vez de con la materia; el problema surge de la relación entre el trabajo y el lenguaje con que se trabaja. Un empirista como Francis Bacon, por ejemplo, pese a criticar en su *Novum Organum* el uso torcido, ambiguo o vulgar de ciertos términos científicos (señalados por él, curiosamente, con un término parcialmente metafórico como es el de los *idola*), cayó en el mismo esencialismo que Platón al defender un método con el que hallar la verdad de las cosas (aquí también, para ser más precisos, Verdad-en-mayúscula y Cosas-en-mayúscula).

Aceptar este método objetivista implica entender el mundo natural y espiritual, físico y social, o como se prefiera, como un agregado de unidades claramente delimitadas y distintivas. Es decir, que los esencialistas metodológicos² dan por sentada la premisa de que hay algo que es X, con unos bordes existentes y previos a cualquier interacción con el ser humano, y que puede ser explicado y descrito verbalmente mediante la investigación concienzuda y profunda. La finalidad última del trabajo filosófi-

1 Esa apelación a la verdad singular, única y definible se puede encontrar formulada de manera directa y paradigmática en la siguiente cita del libro X de la *República*, por ejemplo: “Pues creo que acostumbrábamos a postular una Idea única para cada multiplicidad de cosas a las que damos el mismo nombre” (458). Es decir, si empleamos una sola palabra, es porque hay una sola Idea: una sola entidad diferenciable, perfectamente limitada y definible.

2 La noción de *esencialismo*, relativamente extendida en algunas corrientes de la teoría, como la que estudia los géneros literarios, aquí se toma preminentemente de *La miseria del historicismo*. En este ensayo, el filósofo Karl Popper critica ciertos métodos de las ciencias naturales o físicas y de las humanidades: “La escuela de pensadores que me propongo llamar *esencialistas metodológicos* fue fundada por Aristóteles, quien enseñaba que la investigación científica tiene que penetrar hasta la esencia de las cosas para poder explicarlas. Los esencialistas metodológicos se inclinan a formular las preguntas científicas en términos como ‘¿qué es materia?’” (42).

co y científico sería la de delimitar la realidad y delimitar el lenguaje, porque realidad y lenguaje son compendios intrínsecamente adecuados para ello, estableciendo una relación biunívoca entre ambos, libre de toda variación diacrónica o subjetiva, de toda ambigüedad.

El objetivismo, por tanto, aparece cuando nos dedicamos a dar vueltas sobre una definición asumiendo que es posible llegar a una conclusión “final”, bajo la premisa de que toda palabra obligatoriamente ha de referir a una parcela separada *naturalmente* del mundo empírico. Lo encontramos, por ejemplo, cuando algunos filósofos analíticos (Arthur C. Danto, George Dickie...)³ se obstinan en definir el arte como una entidad diferente del resto, asumiendo que su tarea no se apoya en prejuicios dudosos, como que la palabra *arte* hace referencia a un cúmulo de entes invariables o que la palabra *arte* puede ser descrita verbalmente como un listado de rasgos necesarios.

En este tipo de estudios se suele apelar al llamado *sentido común* (“evidentemente, existe el arte”, se nos explicará), cuando en verdad es pura convención lingüística y social. El sentido común aparece al defender ciertos significados por encima de otros (por lo general, las variedades cultas frente a las vulgares; las antiguas frente a las recientes; y las mayoritarias frente a las minoritarias) solo porque los emplean ciertas personas de prestigio o porque tienen una tradición más amplia. En la imposición de una verdad lingüística, que ya decíamos que va muy ligada a la imposición de una taxonomía del mundo, suele esconderse elitismo y conservadurismo a partes iguales.

3. Segunda clase: el aplicacionismo, tradicionalismo o transparentismo

La segunda clase de esta tipología incompleta es el aplicacionismo, tradicionalismo o transparentismo. El estudio aplicacionista es aquel que parte de una terminología previa y, simplemente, la imprime sin reflexionar sobre ella, sin debatir sus matices. La cita de las obras fundacionales, del canon, es suficiente para traer al nuevo contexto la información necesaria que satisfaga la lectura.

En cierto sentido, el aplicacionismo es la variante simétricamente opuesta al objetivismo. El objetivismo le dedicaba páginas y páginas a investigar sobre un término (su historia, sus deformaciones, sus tergiversaciones), hasta volver el término su objeto de estudio; el aplicacionismo no pierde el tiempo en ello y comienza a tratarlo como

3 Recupero solo dos citas que me parecen significativas a este respecto: “La teoría institucional del arte es un intento explícito de dar las condiciones necesarias y suficientes del arte” (Dickie 42). “Weitz y sus partidarios podrían afirmar que las décadas de los sesenta y los setenta refrendan aún más la idea de que el arte es un concepto abierto, lo que a veces se entiende como ‘antiesencialismo’. Yo, en cambio, soy esencialista. [...] Creo que tiraron la toalla en algún momento, pues yo al menos sé de dos propiedades inherentes a las obras de arte” (Danto 49).

algo transparente y consabido. Pero en ambos casos se asume que la palabra es una cosa cerrada y no problemática, y por lo general existe el respaldo del *sentido común*. Al igual que con el objetivismo, se acepta un vocabulario ciegamente y se impone así —de manera velada o inconsciente— una particular visión del mundo como si fuera universal y eterna, en lugar de subjetiva e histórica⁴.

Un buen ejemplo de esta corriente lo encuentro en gran parte de mis estudiantes. A la hora de analizar un texto, acostumbran a utilizar muchos términos con ligereza y falta de precisión. Y esto no solo empeora su comentario, que suena como un eco de otros discursos. También demuestra que no han terminado de entender al completo los tecnicismos, mucho más complejos y ricos que lo que sugieren sus ejercicios. En el uso torpe o superficial, irreflexivo, se mata el brillo de los conceptos y se pierde el potencial significativo de aquellos detalles asociados a sus tradiciones. El texto pasa de ser un trenzado de matices interesantes y punzantes a un nudo torpe y basto, desvincijado, un garabato de ideas porosas y generales.

Cabe decir, por otro lado, que cierto grado de aplicacionismo es ineludible: siempre hablamos con palabras viejas, siempre escribimos un lenguaje anterior a nosotros. Además, por más que estudiemos un concepto teórico, los matices originales se pierden un poco cuando lo reciclamos para otro tema, para otro corpus. Tampoco es que podamos evitar por completo el objetivismo, en la medida en que escribimos (y eso nos obliga a confiar, aunque sea mínimamente, en las palabras que conforman nuestra escritura). Pero reitero lo dicho: no estoy aquí criticando ninguna posibilidad, sino analizando de manera simplificada distintas actitudes lingüísticas de la teoría.

4. Tercera clase: el relativismo, rigurosismo o hiperconscientismo

La tercera clase, en cambio, sí es consciente de la naturaleza difícil del lenguaje y se recrea en ella. Llamemos a esta clase relativismo, rigurosismo o hiperconscientismo.

En muchos casos, puede asimilarse a una versión exagerada de la *paleonimia* de Derrida: definir un término viene precedido por una deconstrucción de la palabra, una

4 Para poner un ejemplo sencillo y ampliamente conocido, pensemos en intentar definir *qué es ser mujer*. Si tomamos una definición previa y no la problematizamos, dará sensación de que hemos aceptado que es un concepto cerrado. Muchos textos ya clásicos dentro de las teorías feministas y *queer* se han opuesto a esa idealización; citamos solo tres: “Creo que sólo más allá de las categorías de sexo (mujer y hombre) puede encontrarse una nueva y subjetiva definición de la persona” (Wittig 42); “Se ha convertido en algo difícil calificar el feminismo de cada una añadiendo un solo adjetivo o, incluso, insistir en cualquier circunstancia sobre el nombre” (Haraway 17), “[T]oda teoría feminista que limite el significado del género en las presuposiciones de su propia práctica dicta normas de género excluyentes en el seno del feminismo” (Butler 8). Esto implica que cualquier texto que vaya a reflexionar sobre género ha de partir forzosamente de analizar y adjetivar, incluso hasta el resquebrajamiento, conceptos como *mujer* o *feminismo*.

búsqueda de las fisuras y jerarquías de poder que esta encierra en los textos clásicos (Derrida 7). Es una labor que, por lo general, deriva en un ejercicio inacabable de destrucción de fronteras —al fin y al cabo, ¿no será posible volver a realizar el mismo proceso con las palabras que usa el investigador hiperconsciente, en un quehacer infinito condenado al escepticismo?—; y que no puede sino terminar admitiendo que la terminología es siempre difusa, borrosa e incluso contradictoria en sí misma.

Una actitud demasiado crítica, demasiado apegada al lenguaje y obsesionada con las aporías que este esconde, tiene dificultades para obtener de él provecho alguno. El imperativo del rigor resulta ser una trampa que atrapa al teórico confiado y que le aboca a cumplir el castigo de Sísifo, siempre arrastrando la misma piedra sin alcanzar nunca la cima de la colina.

Como el objetivismo, la práctica paleonímica suele poner el foco en las palabras, pero en este caso el resultado no es la cerrazón total sino la apertura absoluta y exagerada. Así, lo que caracteriza esta corriente es el gusto casi fetichista por destruir antes que por construir. Aquello que Mark Fisher (16) llamó *un pío culto de la indeterminación*.

Vuelvo a aclarar que esta tipología esquemática y caricaturesca no pretende ser una crítica. De hecho, todas, todas, todos utilizamos las diferentes actitudes lingüísticas aquí descritas en algún u otro momento al mantener una discusión, escribir un artículo o impartir una clase. Porque las tres posturas expuestas tienen sus puntos fuertes y sus puntos flojos. El objetivismo indaga con gran profundidad y detalle en un término, pero tiene demasiadas pretensiones de verdad. El aplicacionismo es aséptico y rápido, nos permite seguir avanzando en una investigación sin enfangarnos en las dificultades (a veces secundarias) del lenguaje; pero también puede pecar de confiado o naíf. El relativismo descubre contradicciones que fácilmente pasan desapercibidas, en la mayor parte de los casos de carácter político o social, en una labor que nos parece fundamental para el trabajo teórico; pero puede perderse en la eterna diseminación de las referencias y los sentidos, con riesgo de caer en el *todo-vale*. En cualquier caso, considero que las tres coinciden en un mismo inconveniente: participan con mucho entusiasmo en el debate del esencialismo —la idea de que un término es cerrado—, ya sea para defenderlo, para darlo por sentado o para negarlo.

Así, una cuestión importante que puede ponerse sobre la mesa en este punto de la argumentación es cómo hacer teoría consciente de los dos principales problemas con que nos hemos topado: 1) cuánto espacio de nuestra investigación dedicar al debate terminológico y 2) cómo de cerradas o abiertas, de objetivas o de subjetivas, hemos

de considerar las palabras. ¿Existen otras vías que complementen las tres anteriores? Pues bien, a continuación, voy a sugerir algunas posibilidades.

5. Canalizar (en poco espacio) la incertidumbre: hacia el pragmatismo

La propuesta para canalizar la subjetividad lingüística en poco tiempo y espacio creo que debe plantearse desde una perspectiva positiva. Es decir: pienso que hay que entender la borrosidad inherente al lenguaje como un atributo productivo y tratar de beneficiarnos de él, en vez de verlo como una suerte de problema por resolver. La mayor parte de la pragmática ha visto que es *gracias a la incertidumbre* como nos comunicamos (solo con el espacio ambiguo que rodea los significados somos capaces de evocar inferencias débiles y de moldear los entornos cognitivos de nuestro interlocutor, podrían decir Sperber y Wilson). Por ello, quizá sea recomendable que la teoría se aproveche de esa aparente vaguedad semántica para explicar mejor la compleja realidad cultural.

Esta idea puede, aparentemente, ir en contra de la concepción contemporánea de la ciencia. Es habitual asumir que los tecnicismos —entendidos aquí como palabras especializadas, sin apenas connotaciones y con referentes muy concretos— están libres de ambigüedades, y que por ello son el material idóneo para la construcción del saber. Sin embargo, considero que hay ocasiones en que esa falta de brillo resulta inefectiva. Nos lleva a confiar en exceso o, simplemente, nos aboca a hablar más del término mismo que del fenómeno que tratamos de describir con él. Se me ocurre, a este respecto, el ejemplo del lenguaje médico enfrentado a las explicaciones que un paciente cualquiera puede ofrecer, mucho más coloquiales, pero no por ello carentes de fuerza o de precisión. Esto lo ha explicado muy bien Raquel Taranilla a partir de algunas lecturas de Foucault:

Cuando el enfermo relata lo que siente, es cierto, habla de monstruos y de sombras que son refundados por el médico, que los traduce a una variedad discursiva propia. Las pequeñas burbujas metálicas que yo notaba en las palmas de las manos fueron trasladadas al informe clínico en términos de “parestesia”, esto es, una sensación anormal en la piel. Esa traducción configuraba una descripción de lo que yo experimentaba comprensible para cualquier médico, pero al mismo tiempo decoloraba mis palabras, aplicaba una rebaja a la calidad de mi dolor.

Lo que yo sentía en la espalda era con certeza un nudo eléctrico que producía descargas que fulminaban todos mis músculos, lo que es decir mucho más que decir “calambre”. Ese tipo de experiencias fantásticas forma parte de la vivencia de la enfermedad, pero también del discurso de la medicina, que solo por una reducción elitista puede ser limitado al discurso de sus profesionales. Uno de los valores que se suele atribuir a los tecnicismos es su capacidad de precisión, frente al léxico de uso corriente, que se presenta como vago e inexacto. Basta

pasar un rato en un hospital para darse cuenta de la capacidad de los enfermos para describir de forma milimétrica sus dolores y sensaciones a través de figuras fantasmales. Buscar equivalentes en el tecnolecto médico es una misión fracasada de antemano. Existen formas de dolor que son inefables para el discurso consagrado de la ortodoxia médica (Taranilla 23-24).

El lenguaje técnico resulta, entonces, una traducción empobrecedora, y entiendo que esa sensación la podemos sufrir también desde la teoría cuando, intentando explicar (por ejemplo) por qué una novela nos parece una gran novela, recurrimos a vocablos manidos, que ya hemos escuchado y leído en multitud de ocasiones. Así, creo que deberíamos quitarnos la presión de la exactitud semántica de encima, en favor de una exactitud de la incertidumbre: aquella que sabe gestionar las ambivalencias, el poder connotativo inherente al léxico y los vacíos de interpretación que constituyen y articulan toda textualidad⁵.

Pasamos así de la pragmática como análisis de las lenguas en uso al pragmatismo como paradigma epistemológico que —en sus términos primigenios, con William James a la cabeza— aboga por poner el foco sobre todo en el efecto, en el resultado. Y que, desde luego, es una buena alternativa para solventar el primer problema que hemos detectado. ¿Cuánto he de dedicarle en un estudio teórico al debate terminológico?: lo justo para obtener unos resultados *útiles* en la interpretación de las obras que conforman nuestro corpus. Ni más (pecando de idealistas y excediendo las digresiones), ni menos (cayendo en la ingenuidad y haciendo perdurar o incluso aumentar su componente ideológico): solo lo preciso para el disfrute y el conocimiento.

En consecuencia, propongo usar las palabras atendiendo a su caudal semántico en el instante en el que las empleamos: usar —e incluso explicitar que usamos— los términos sabiendo que son únicamente un acceso imperfecto, una mirilla que nos permite vislumbrar a través de un estrecho canal (el que nos interesa a nosotros como hablantes, en el momento comunicativo preciso) una única faceta de las muchas contenidas en su significado potencial.

6. Los parecidos de familia como estructura descentrada: hacia el antiesencialismo

Vamos a continuar tirando del hilo un poco más. Si pensamos conjuntamente en dos nociones como *útil* y *lenguaje*, parece obligado terminar citando a Ludwig Wittgenstein. No solo porque fue uno de los primeros filósofos en argumentar que el significado de un término reside en su uso, sino porque sus reflexiones ayudan a comprender mejor

⁵ De hecho, creo que esa elasticidad propia de las palabras puede ser recogida por la teoría literaria en su provecho. La propuesta de los conceptos viajeros de Mieke Bal, por ejemplo, y la defensa que al menos desde los setenta se ha venido haciendo de la interdisciplinariedad en la teoría se fundamentan en esta particularidad. La borrosidad signíca bien encauzada puede ser germen de la creatividad.

cómo la incertidumbre semántica propia de las palabras puede articularse en formas sin centro, sin una esencia, y pese a todo seguir manteniéndose relativamente estables.

No es este el lugar para entrar en detalle en la teoría de los parecidos de familia de Wittgenstein, pero sí citaré una de las metáforas del filósofo que, opino, mejor la explican. La metáfora de la madeja de hilo. Una madeja de hilo no se sostiene por nada más que por su densidad. No tiene núcleo, no hay una estructura que organice sus partes, componentes o propiedades. En el centro solo hay vacío. Lo único que le da entidad son sus hilos entreverados y entrecruzados una y otra vez: “Se podría decir: hay algo que recorre la madeja entera, —a saber, la superposición continua de estas fibras” (Wittgenstein 229).

Al trasvasar a la semántica léxica este tipo de estructura, es posible superar el problema del esencialismo y encontrar una salida viable a la dicotomía objetivo-subjetivo, que tanta guerra ha dado a las humanidades desde sus orígenes. Los significados son definitivamente borrosos, no son cerrados. Pero se definen por sus densidades, recurrencias, tramas internas. Sí, son inexactos, pero no “inusables” (247)⁶. De hecho, este artículo mismo recurre a palabras inevitablemente porosas, imposibles de definir con concreción. Y lo mismo le sucedería a cualquier otro artículo que quiera completar o refutar las ideas aquí expuestas, cosa que podrá hacer gracias a la flexibilidad del léxico.

Así las cosas, la falta de esencia semántica o realista no nos debe frenar en nuestras investigaciones, sino, en todo caso, animarnos a jugar con las palabras: experimentar con sus peculiaridades, retorcerlas y colocarlas al lado de fragmentos de la realidad empírica con los que tal vez resuenen de una manera especial. Ante cualquier crítica fundada puramente en la ausencia de un sentido objetivo o atormentada con la imposibilidad del rigor en las humanidades, siempre podremos recurrir a Wittgenstein:

¿Debe decirse que uso una palabra cuyo significado no conozco y que por tanto hablo sin sentido? —Di lo que quieras con tal de que no te impida ver cómo son las cosas. (Y cuando lo veas no dirás muchas cosas) (239).

7. La política del lenguaje: la teoría de prototipos y la acratía de Barthes

En resumen: en teoría literaria hay veces en que interesa no detenernos demasiado en detallar la terminología que vamos a manejar, pero tampoco podemos fingir que las

6 Utilizando la terminología de Deleuze y Guattari querría trasvasar la teoría del lenguaje de Wittgenstein a un campo más amplio, que abraza lo ontológico y lo epistemológico a un mismo tiempo. Las palabras serían, para estos autores, rizomas: extensibles hasta el infinito, con potencial para ser reestructurados y para ser interpretados en distintas direcciones... y, pese a todo, caracterizables por sus mesetas y sus puntos de fuga. Pues que una palabra no tenga límites no equivale a que todas las palabras se igualen entre sí en un absoluto caótico y sin sentido. Cada palabra tiene su peculiar falta de fronteras y su precisa forma de no tener esencia.

palabras son transparentes e inocuas. Y la única manera de evitar el normativismo —la imposición de una definición— y el relativismo —la imposición de una no-definición o de una definición pretendidamente arbitraria— es asumir la borrosidad de las palabras y describirlas sin acudir a un centro (que diga *esto es* o *esto no es* tal cosa), sino más bien a un conjunto de densidades. Si, pongamos por caso, al decir que *la novela, el trap o la posmodernidad han muerto*, no se explica qué tipo de densidades son las que han desaparecido, cuáles se han mantenido, de qué manera y en qué contextos se ha rejerarquizado el significado, etcétera, entonces la expresión *la muerte de* corre el riesgo de quedarse en mera forma de hablar, un significante despojado de todo contenido, un lugar común que no ayuda a entender mejor lo que realmente está sucediendo en el mundo al que, supuestamente, hace referencia.

De las teorías semánticas más conocidas, considero que la llamada teoría de prototipos es la más afín al modo de pensar la palabra que aquí he expuesto. Tampoco tengo tiempo ahora para detenerme en todas sus hipótesis, variantes y terminologías, desarrolladas desde los años setenta, pero me interesa traerla a colación para incluir una última reflexión que, pienso, ahonda en la importancia del lenguaje en la teoría literaria y en la crítica cultural en general.

El hecho de que las palabras sean ficciones, signos arbitrarios, inabarcables en una definición y ni siquiera remitan a un sector concreto de la realidad, no implica que estén exentas de responsabilidad política. La densidad de la que hemos estado hablando toma forma en distintos grupos sociales, se visibiliza o invisibiliza en virtud de las ideologías de cada momento, es una respuesta directa al sentir cultural de su presente —eso que Williams (*The Long Revolution* 64-65; *Marxismo y literatura* 150-158) llamaba *estructura del sentimiento*—. Y a la inversa —porque la relación es bidireccional—: las densidades propias de la lengua determinan el marco con que aprehendemos la realidad.

Con esto quiero decir que emplear una u otra palabra para hacer teoría, preferir matizarla o pasar por alto su definición, hacer patente la falta de esencia, colocarla al lado de ciertas nociones (y no de aquellas otras) tiene un efecto en el oyente o lector. Que el significado esté en el uso no solo es una idea que permite explicar la borrosidad semántica, sino que también acentúa la vertiente social del lenguaje: si nos acostumbramos —a nosotros y al resto de interlocutores— a ciertos usos, estos se volverán automáticos, preponderantes, incluso irreflexivos.

Así se entiende mejor la propuesta de Barthes (“La división de los lenguajes”, “La guerra de los lenguajes”, entre otros lugares) a favor de los lenguajes acráticos, *arma-*

dos fuera del poder, desnaturalizados, que chocan con la *doxa* y motivan el pensamiento crítico. La teoría, desde este punto de vista, no debería conformarse con ningún estilo institucionalizado. Más bien todo lo contrario: ha de forzar el cambio inesperado, derivar hacia lo grosero, jergal y contestatario, fundarse en una contrarréplica de lo hegemónico, devenir minoría.

8. A modo de cierre: de nuevo, Diógenes

En definitiva, creo que tomar conciencia de las posibles relaciones entre el acto de teorizar y el medio más habitual de la teoría —la palabra, oral o escrita— no solo es recomendable para aliviar algunos de los grandes debates estéticos de la historia de occidente. También nos permite reflexionar sobre diversas maneras, más o menos oportunas, de enfrentarnos a nuestro objeto de estudio y de dirigirnos a nuestra audiencia, que en último punto no deja de ser el grueso de la sociedad (por muchos intermediarios que haya).

La flexibilidad que he estimado fructífera para la expresividad teórica arrastra algunos riesgos epistémicos. Tomar conciencia de las posibilidades, ganancias y problemáticas asociadas a cada vía de trabajo —unas más centradas en la palabra, otras que la pasan por alto, algunas simplemente herederas de una tradición y unas pocas reflexivas pero abocadas al análisis práctico— nos permite escoger mejor nuestra actitud ante el lenguaje. Y, como hemos comentado ya, esa decisión aparentemente superficial o secundaria dentro de la investigación acarrea importantes decisiones en el plano académico, pero también en el plano político.

Hubo quien, después del incidente del gallo desplumado, empezó a seguir las enseñanzas de Diógenes el cínico; también hubo filósofos que se mantuvieron al lado de Platón y, tal como relata aquel historiador con que empezaba este artículo, optaron por añadir una pequeña adenda a la definición de hombre: animal bípedo, sin plumas... “y de uñas planas” (Laercio 220). Ambas opciones son buenas, siempre y cuando sean conscientes de sus deficiencias particulares, y de cómo arrastran una posición a medio camino entre lo metodológico y lo social. Queda en manos y lenguas de cada uno la elección de perpetuar unas costumbres y no otras, unas palabras de entre todas las posibles y, en el fondo, una manera de entender el mundo.

Bibliografía

Bacon, Francis. *Novum Organum*. Traducido por Clemente Fernando Almori, Buenos Aires, Losada, 2003.

- Bal, Mieke. *Travelling Concepts in the Humanities: A Rough Guide*. Toronto, University of Toronto Press, 2002.
- Barthes, Roland. *El placer del texto. Lección inaugural de la cátedra de Semiología Literaria del Collège de France*. Traducido por Nicolás Rosa, México D. F., Siglo XXI, 1993.
- _____. "La división de los lenguajes". *El susurro del lenguaje: Más allá de la palabra y de la escritura*. Traducido por Cristina Fernández Medrano, Barcelona, Paidós, 1994a, pp. 119-133.
- _____. "La guerra de los lenguajes". *El susurro del lenguaje: Más allá de la palabra y de la escritura*. Traducido por Cristina Fernández Medrano, Barcelona, Paidós, 1994b, pp. 135-139.
- Butler, Judith. *El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad*. Traducido por M^a Antonia Muñoz, Barcelona, Paidós, 2007.
- Danto, Arthur C. *Qué es el arte*. Traducido por Íñigo García Ureta, Barcelona, Paidós, 2013.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari. "Introducción: rizoma". *Mil mesetas: Capitalismo y esquizofrenia*. Traducido por José Vázquez Pérez, Valencia, Pre-Textos, 2002, pp. 9-32.
- Derrida, Jacques. *La diseminación*. Traducido por José Martín Arancibia, Madrid, Fundamentos, 1997.
- Dickie, George. *El círculo del arte: Una teoría del arte*. Traducido por Sixto J. Castro, Barcelona, Paidós, 2005.
- Fisher, Mark. "'The Slow Cancellation of the Future'". *Ghosts of My Life: Writings on Depression, Hauntology and Lost Futures*. Winchester, Zero Books, 2014, pp. 2-29.
- Haraway, Donna. *Manifiesto Cyborg. Ciencia, tecnología y feminismo socialista a finales del siglo XX*. Traducido por Manuel Talens, Editor digital Titivillius, 1984.
- James, Williams. *Pragmatismo: Un nuevo nombre para viejas formas de pensar*. Traducido por Ramón del Castillo, Madrid, Alianza, 2000.
- Laercio, Diógenes. "Diógenes". Libro VI de las *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres*. Traducido por Luis-Andrés Bredlow, Zamora, Lucina, 2010, pp. 215-232.
- Morris, Charles W. *Fundamentos de la teoría de los signos*. Traducido por Rafael Grasa, Barcelona-Buenos Aires-México, Paidós, 1985.
- Popper, Karl R. *La miseria del historicismo*. Traducido por Pedro Schwartz, Madrid, Alianza, 1973.

- Platón. *República*. Traducido por Conrado Eggers Lan, Madrid, Gredos, 1986.
- Sperber, Dan y Deirdre Wilson. *La relevancia: Comunicación y procesos cognitivos*. Traducido por Eleanor Leonetti, Madrid, Visor, 1994.
- Taranilla, Raquel. *Mi cuerpo también*. Barcelona, Seix Barral, 2021.
- Williams, Raymond. *The Long Revolution*. London, Penguin, 1965.
- _____. *Marxismo y literatura*. Traducido por Pablo di Masso, Barcelona, Península, 2000.
- Wittgenstein, Ludwig. *Tractatus logico-philosophicus. Investigaciones filosóficas. Sobre la certeza*. Traducido por Jacobo Muñoz Veiga et al., Madrid, Gredos, 2009.
- Wittig, Monique. *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Traducido por Javier Sáez y Paco Vidarte, Barcelona, Egales, 2006.